

no pudiendo castigar inmediatamente al que parecía haberlo salvado, esperó á matarlo en Mesopotamia en un tumulto de soldados. Probablemente no hubo traición del uno ni tumulto militar suscitado por el otro. Dion estaba muy lejos del teatro de los acontecimientos y no pudo recoger más que los rumores que llegaban á Roma. Dos cosas son absolutamente contrarias al carácter conocido del príncipe: esta larga vacilación en deshacerse de un hombre, cuya muerte había resuelto, según se dice, y el peligroso medio que habría empleado, el tumulto militar, que no siempre puede detenerse en el punto que se quiere. Ello es cierto que Leto murió á manos de los soldados, cuyos desórdenes querría sin duda reprimir.

En Tesifonte, abandonó el emperador todo el botín á sus



Septimio Severo y sus dos hijos (1)

soldados, los cuales para darle las gracias lisonjeando su debilidad paternal, saludaron á Basiano con el nombre de Augusto y proclamaron César á Geta. Al título del primero añadió el emperador el poder tribunicio (198); y á Caracalla, bien que apenas tuviera once años de edad, hubo de asociarlo al imperio: honores prematuros y funestos al mismo que los recibía. En aquel imperio electivo, la tendencia á la sucesión hereditaria era irresistible: el padre cedía siempre á este sentimiento natural y siempre también se aceptaba su voluntad; sin embargo, salvo Tito, la herencia había dado malos príncipes, Calígula, Domiciano y Cómodo. «El emperador designado» añadirá muy pronto á esta lista uno de los nombres más odiosos de la historia.

A pesar de la vana tentativa contra Atra, Severo había dado un gran golpe en Oriente. La caída de Tesifonte había resonado hasta en el fondo de las provincias más remotas y por todas partes se celebraba al gran vencedor de los partos, *Parthicum Maximum*. El imperio no se había agrandado considerablemente con esto, cosa inútil, por otra parte; pero inspiraba un temor saludable á los que habían violado su frontera obligándolos á la quietud y al reposo por espacio de diez y ocho años.

Severo merecía pues el título que recibió de *propagator*

(1) Gabinete de Francia, camafeo n.º 250, sardónica de 3 capas de 25 milímetros, por 30. Dos Victorias sobre sendos globos coronan á Caracalla y á Geta. El emperador tiene la mano de su hijo menor por encima de un altar encendido. En el exergo una inscripción medio borrada (ἐπιπέ τῆς) ΝΕΙΚΗΝ ΤΩΝ ΚΥΡΙΩΝ... Para la victoria de nuestros señores. M. Chabouillet recuerda (*Op. laud.*, p. 437) que el título de *dominus ó ὄμιος*; no aparece en la moneda romana hasta la época de Diocleciano; Calígula, Domiciano y Trajano lo habían tomado ya, ó se lo hacían dar, y es frecuente en las inscripciones, sobre todo á contar de Severo y de sus hijos.

imperii; y aun recibió otros, como *pacator orbis*, *fundator pacis*, etc., porque la fuerza que atestiguaba una fortuna tan constantemente feliz había excitado un entusiasmo de gratitud y de servilismo á la vez. Innumerables inscripciones, sobre todo en las provincias helénicas y africanas, dan testimonio de ello. Atenas, que tenía que hacerse perdonar no haber sabido prever la fortuna del futuro emperador, se distinguió por el fervor de su celo, y mil ciudades ofrecieron el sacrificio triunfal del toro.

Por su mujer Julia Domna, Severo era medio sirio. Antes de su advenimiento al imperio, había mandado en Siria la cuarta legión escítica (182-184); después de la muerte de Níger permaneció allí más de dos años, y cuatro más después de la de Albino. Conocía pues muy bien aquellos países y todas sus necesidades. Pero ¿de qué sirvieron estas largas permanencias, sobre todo, después de la guerra pártica? No fué ciertamente el placer lo que lo retuvo en las provincias orientales: la molicie no tenía ningún dominio en el ánimo de un hombre, que, dado á la ambición de las grandes cosas, despreciaba las pequeñas. Su biógrafo dice, á propósito de una de sus provincias, que Severo hizo en ella muchos reglamentos; pero el inepto escritor no se mete en más honduras.

Debemos suponer que Severo empleó el tiempo útilmente, restableciendo la disciplina en las legiones, el orden en el país y la seguridad en los caminos, acumulando todos los medios de resistencia en las plazas avanzadas, desarrollando en el seno de las poblaciones la vida romana, á fin de poder contar mejor con su fidelidad. Un pequeño número de hechos revelados por testigos irrecusables, las medallas y las inscripciones, nos permitirán sospechar todos los que nos oculta la historia oficial.

En primer lugar, entre el Eufrates y el Tigris organizó en provincia la Mesopotamia; le dió una guarnición permanente de dos legiones que había creado durante la guerra, la primera y la tercera Pártica (2), y aumentó el poder de estas fuerzas militares multiplicando en la nueva provincia el elemento civil romano. Estableció colonos en Nísibe, la fortaleza central del país, que tomó su nombre, Septimia; en Rasena, donde la tercera Pártica tuvo sus cuarteles, entre Nísibe y Tápsaco, el gran paso del Eufrates; en Zaita, la ciudad de los olivares, situada á orillas del mismo río por debajo del Circesium y al arranque del camino de Palmira. El desierto de Siria venía á ser tierra quiritaria.

Al N. O. de la provincia el rey de Osroena le había entregado sus hijos en rehenes y hábiles arqueros para la campaña de los partos (4); al N. el rey de Armenia se había mantenido fiel al imperio; al S. la guarnición de Zaita im-



Moneda de Rasena (3)

(2) La legión II.ª Pártica fué conducida á Italia por Severo, y tuvo su cuartel general en Albano, donde se han encontrado su cementerio y muchas inscripciones relativas á ella (Henzen, *Annali*, 1867, página 37 y sigs.). Es inútil procurar distinguir las medidas tomadas por Severo durante su primera y segunda estancia en Mesopotamia.

(3) Bronce de Trajano Decio haciendo mención de la III.ª Pártica: CEII (timia) PHCAINHCIQN L III P, al rededor de un templo, por debajo del cual flota un dios de las aguas personificando el río Caboras. La ciudad estaba situada cerca de las fuentes de este tributario del Eufrates.

(4) Entre 203 y 208, vino á Roma á renovar sus promesas de fidelidad y Severo lo recibió con la mayor magnificencia (Dion, LXXIX, 16). En cuanto á los armenios, San Martín, en sus *Memorias sobre la Armenia* (t. I, p. 301), habla de una invasión de los khazares, que habiendo atravesado las gargantas de Derbend en el Cáucaso y

ponía la obediencia á los jefes árabes, y al E. el paso del Tigris estaba asegurado por la ocupación de Nínive, donde Trajano había establecido veteranos, y Severo debió de dejarlos también para defender mejor este punto avanzado del imperio. Había establecido pues su dominación entre los dos ríos, apoyándola en las montañas armenias y en una serie respetable de fortalezas y colonias. Así, vendrá á ser esta provincia, por espacio de siglos, el baluarte del imperio.

Después de la muerte de Níger, agregó la Licaonia y la Isauria á la Cilicia, á fin de constituir, á las inmediaciones de la Siria, un gran gobierno que guardara esta verdadera puerta de Oriente; por razones contrarias, dividió la provincia de Siria que daba á sus jefes ambiciones peligrosas: al N. la Comágene y la Siria baja, es decir, el valle por donde el Oronto penetra en Antioquía y en el mar, abriéndose paso entre el Aman y el Líbano; al S. y al E. la Siria fenicia, comprendiendo todo el litoral, y en la vertiente oriental del Líbano, hasta en medio del desierto, Heliópolis, Emesa, Damasco y Palmira. Los dos caminos que conducían á la Mesopotamia, franqueando el Eufrates en Tápsaco y en Circesium, estaban así guardados por dos ejércitos, y muy bien guardados. El emperador dió el gobierno de la Cele Siria á uno de sus mejores tenientes, Mario Máximo, á quien llama Esparciano «un general severísimo»; y es de suponer que la Siria fenicia se confiara á algún otro general de mérito.

Después de la batalla de Iso, castigó Severo rudamente á Antioquía, porque la severidad era su índole; sin embargo esta ciudad no dejó de ser por eso la más importante del Oriente romano, y era Severo muy buen príncipe para que, una vez satisfecha la justicia, ó lo que él creía tal, fuera á anteponer sus rencores al interés del Estado. Antioquía, como Bizancio, fué castigada primero, y favorecida después. Cuando volvió de Mesopotamia, se detuvo en la antigua metrópoli de la Siria, no para gozar de las delicias de Dafne, bajo las voluptuosas umbrías del santuario de Apolo, sino para borrar el recuerdo de sus recientes rigores. Allí dió á su hijo mayor la toga viril (201) y para el año siguiente el consulado, que quiso compartir con él. Era tratar á Antioquía como capital; y estas solemnidades y las fiestas que las siguieron inclinaron ya el ánimo de la frívola ciudad en favor de la nueva dinastía. Severo acabó la reconciliación haciendo construir magníficas termas.

En la Siria fenicia se hacían también grandes trabajos: cuatro columnas miliarias que se han encontrado en el camino de Sour á Saída y repiten todas la misma inscripción, fechada del año 198, muestran al teniente del príncipe poniendo en buen estado los caminos de la provincia: el nombre de Severo grabado en otro límite miliario de las cercanías de Laodicea, prueba que se habían dado las mismas órdenes en la Siria Mayor.

La región siríaca que descende al Mediterráneo estaba de mucho tiempo atrás en posesión de todas las ventajas que la civilización antigua podía dar. Alejandro y sus sucesores habían helenizado aquellas poblaciones de origen púnico ó arameo, y las colonias que Roma había establecido y las guarniciones que allí tenía, habían introducido su lengua, de que los soldados tenían necesidad de servirse. Tiro, incendiada por los moros de Níger, fué repoblada por

pasado el Kur, hubieron de atacar á los armenios matando á su rey Vagharsch en 198. Estos hechos explicarían mejor que la política tradicional de este pueblo por qué no tuvo Severo que tomar precauciones por esta parte cuando cayó sobre Tesifonte. Entre los partos que los amenazaban al S.E. y los bárbaros que los amenazaban al N., la alianza romana era una necesidad para los armenios.

veteranos de la III.ª *Gállica*, y obtuvo el derecho itálico. Beruti, donde vivían los descendientes de los legionarios de Augusto, lo tenía desde muy larga fecha, y en su seno estaba la mejor escuela de jurisprudencia romana: Papiniano, Ulpiano y todos aquellos jurisconsultos, cuyos *judicatos* se han notado en las Pandectas, habían salido de allí. Beruti se había declarado al principio contra Severo. Ignoramos si fué castigada, ó si Papiniano aplacó el enojo del príncipe; á lo menos sus sentimientos cambiaron pronto, pues una inscripción del año 196, encontrada en las cercanías, contiene la expresión de sus votos «por la salud de Severo y de Julia Domna, la madre de los campamentos.»

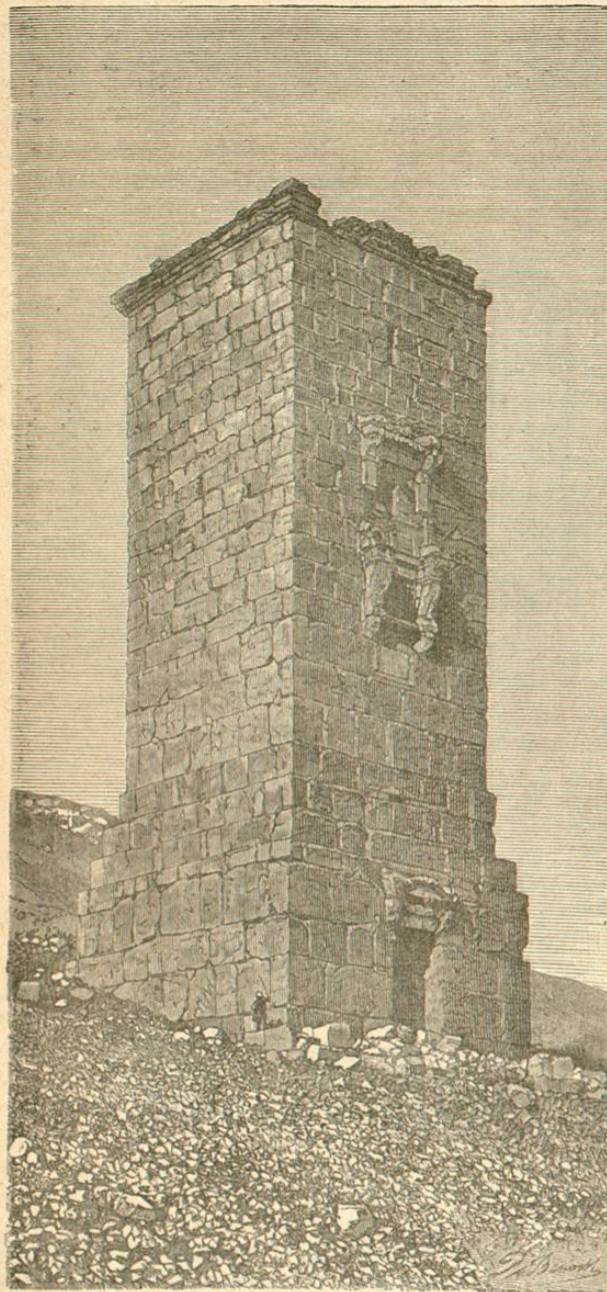


Julia Domna, esposa de Septimio Severo (1)

En la vertiente oriental del Líbano, más allá del Jordán, había tenido Roma mucho que hacer. Antes de Trajano el Haurán (Batanea) y el Ledja (Traconítide) eran lo que son hoy día, soledades recorridas por fieros nómadas. «Vi vis, les decía el rey judío Agripa, vivís como los animales bravíos en sus madrigueras. Trajano y Adriano habían llevado el orden y la vida á aquellos países, donde se levantaron grandes y magníficas ciudades: Severo continuó allí la obra de aquéllos. Sin duda se trasladó también á la provincia de Arabia, cuya legión se había sublevado en otro tiempo. El nombre de *Septimiani*, que llevaban los decuriones de la Batanea, liga á su reinado por un lazo que por desgracia no podemos asir, la organización municipal de aquella región: se encuentran allí ruinas de ciudades, cuyos habitantes tenían la lengua, las medidas, el calendario y diversos usos de Roma. Un legado imperial escribía á

(1) Estatua de mármol de Luni. Museo del Capitolio.

aquellos árabes, en cuyo país no pueden penetrar los viajeros modernos sino á riesgo de su vida, como lo habría hecho á los magistrados de España ó de Galia para garantizarlos del abuso de los alojamientos militares; prueba de que la administración romana tenía en aquella extrema frontera la misma solicitud que mostraba en las más antiguas provincias (1). En Bostra, capital de la provincia de Arabia, las



Palmira. Sepulcro de los reyes

leyendas de las medallas estaban en griego, en el reinado de Trajano; algunos años después de Severo estaban en latín.

Los cuarenta y dos *blockhaus* cuyos restos se cree haber contado entre Damasco y Palmira ¿fueron construídos por Severo ó por Adriano ó mucho más antes? No se sabe. A lo menos, Severo los tuvo bien guarnecidos de hombres

(1) «Si algún soldado ó viajero quiere entrar por fuerza en vuestra casa, escribidme para que obtengáis reparación. Nada debéis á los extranjeros, y puesto que tenéis una posada (*ξενώνα*) para recibirlos, no podéis ser obligados á abrirles vuestras casas. Fijad esta carta en el sitio más á propósito de la ciudad para que pueda leerse fácilmente, á fin de que nadie pueda excusarse alegando ignorancia» (Waddington, *Inscrip. de Siria*, 2, 424). El autor de esta carta es un legado de Alejandro Severo.

y víveres, porque si no se encuentran sus huellas de una manera cierta á lo largo de la vía que lleva á Palmira, se encuentran en Palmira misma. Aquel gran mercado del desierto, puesto avanzado de la Siria á mitad del Eufrates, le había sido muy útil en su expedición contra Babilonia. Como todas las ciudades de comercio, Palmira era una ciudad cosmopolita: en ella se encontraban partos, armenios, romanos, griegos y una colonia judía muy importante, rivalizando en riqueza algunos de sus miembros con los más acomodados indígenas. Por eso tenía, como Alejandría, un *jurídico* para resolver entre aquellos extranjeros las cuestiones de derecho.

Los Odainathes estaban ya en primer lugar en Palmira. Uno de ellos, Hairán, sin duda estratega de la ciudad en tiempo de la guerra pártica, secundó tan bien á Severo por su conocimiento del terreno y por los víveres que hizo llegar á las legiones, que el emperador le permitió tomar su nombre de *Septimio*, que fué desde entonces el gentilicio de la gran familia palmirense. Herodes el Grande fué también autorizado por Augusto para ligarse á la familia de los Césares, añadiendo á su nombre el de los Julios. Cuando sesenta años después uno de aquellos Odainathes llegó á ser *rey de los reyes* y se hizo el protector del imperio romano en Oriente, su prenombre de Septimio recordaba aún el tiempo en que los suyos no eran más que clientes de Severo.

Las ciudades del desierto cambiaron de costumbres como los *scheikhs* árabes cambiaban de nombres: la Tadmor de Salomón fué una colonia romana, investida de los privilegios del derecho itálico, con duunviros (*στρατηγος*), ediles (*ἀγορανόμοι*) (2), asambleas del senado y del pueblo. Por sus monumentos diríase una hija de Atenas, por sus instituciones una hija de Roma. Tuvo hasta las distribuciones gratuitas: se han encontrado allí *teseras* frumentarias y bonos de pan y de aceite, y entre sus ciudadanos contó caballeros y senadores romanos. Severo le había dado ya probablemente por guarnición el ala de caballería, que más tarde aparece en ella.

Entonces como ahora estaban obligados los nómadas á conducir, durante el estío, sus ganados á las fuentes de Palmira ó á los pastos del Djebel Haurán (3). Ocupando fuertemente estos puntos, se hacían los romanos dueños del desierto, y ellos hicieron mejor su policía que nadie supo hacerla.

Al extremo oriental del Haurán, en medio de una región que parece maldita, se eleva una montaña volcánica á cuyo pie hay un campamento romano con murallas de dos metros de espesor, flanqueadas de torres y precedidas de un foso: una tropa resuelta debía retar allí á todos los árabes del desierto. En la cima del cráter, vigilaba un puesto aquella inmensa llanura, donde se ven ruinas de termas y de casas. «Antes que nosotros, dice M. Vogué, ningún europeo había turbado aquella soledad.» Pero los romanos fueron y con ellos la cultura y la seguridad.

Así, la vida regular se introducía en aquellas desoladas regiones. Al abrigo de los puestos fortificados que bordeaban *el país de la sed*, se alzaron algunas poblaciones en los valles y algunos canales llevaron el agua de las montañas (4);

(2) En otras ciudades griegas y sirias se llamaban los ediles obispos, *ἐπισκοποι*, ó vigilantes.

(3) Los jefes de estos nómadas se llamaban *etnarcas* ó *estrategas*.

(4) Waddington, *Inscrip. de Siria*, 2296 y 2301, *ἐκ ποταμῶν* de Cornelio Palma. El primer cuidado de Cornelio Palma, el conquistador de la Arabia, había sido dar agua á los nuevos súbditos del imperio. Practicando esta excelente política en Argelia, no hacemos nosotros los franceses más que seguir el ejemplo de los romanos.

el régimen municipal se desarrolló, y las inscripciones nos hablan de estrategias y decuriones en lugares en que no se oye ya más que el grito del chacal. Con frecuencia, desde un montón de ruinas descubre el viajero á lo lejos amplias losas de basalto regularmente dispuestas y encuadradas por un doble cordón de piedras más fuertes que sobresalen. Es una vía romana, que después de quince siglos anuncia que un gran pueblo ha pasado por allí (1).

En mil puntos de aquellas tierras bíblicas se encuentran sus huellas permanentes. En la meseta de Baalbeck hubo desde la más alta antigüedad un santuario de Baal, el gran dios de los semitas; pero las magníficas ruinas que hoy se ven allí son del tiempo de los Antoninos y de Severo. Hay pues que retorcer el verso de Juvenal: no es ya el Oronto el que corre al Tíber; en el segundo siglo de nuestra era y á principios del tercero, es el Tíber el que corre al desierto y lleva el espíritu y las artes del imperio hasta la inaccesible ciudad de Petra.



Moneda de Septimio Severo, acuñada en Petra (2)

Severo había seguido hasta Tesifonte las huellas de Trajano, y siguió las de Adriano en la Palestina y en Egipto.

La Palestina estaba como siempre dominada por el desorden. Dion habla de un bandido que devastaba la Judea y sabía desorientar á todos sus perseguidores. Un día se atrevió á presentarse en el campamento del emperador con una tropa de á caballo, y á hablarle como si hubiera sido uno de sus tribunos. Nadie sospechó la bravata y el bandido, que sin duda sería uno que deseaba vivir independiente, volvió á sus montañas con mucho sosiego.

Este hecho, la historia de Bulas, una de las más curiosas leyendas del bandolerismo italiano, la de Materno, que en tiempo de Cómodo recorrió al pillaje toda la Galia, y la de Numeriano, el supuesto senador cuyas hazañas acabamos de leer, muy bien revelan cuán rápidos progresos hacía la desorganización en aquel gran cuerpo del imperio, en cuanto á los Trajanos y Adrianos sucedían los Cómodos y Julianos.

Para mantener el orden en tantos países y en medio de poblaciones tan diferentes, era preciso con toda evidencia que todos los facciosos, enredadores del senado, jefes ambiciosos ó salteadores de caminos sintieran sobre su cabeza la mano de un príncipe enérgico, cuya conciencia no hiciera escrupulos de una severidad excesiva. Uno de los Odainathes, de que hablábamos poco ha, meditaba un levantamiento y ya iba muy adelante en sus intrigas con los persas: Rufino, el jefe de las armas romanas, lo hizo matar, y citado por el hijo del muerto á responder de su sangre ante el emperador, contestó al príncipe: «¡Pluguiera á los dioses que el emperador me permitiera desembarazarlo también del hijo!»

Esta justicia era, en efecto, muy ejecutiva, pero prevenía una invasión périca. ¿Pudieramos asegurar que los ingleses en la India, que nosotros mismos en la Argelia no hemos obrado nunca de igual manera? Los emperadores

(1) «La vía romana de Bostra, en Damasco, existe aún casi toda, dice Waddington, y se encuentran dispersos en aquellas regiones los restos de muchas otras.» La numismática septimiana es muy rica en todas aquellas provincias, y las ruinas de Heliópolis son de aquella época, habiendo construído Septimio Severo el templo de Júpiter y el del Sol Adriano y Antonino. Lo destruyó Teodosio (*Revue Archéologique*, abril, 1877).

(2) ΔΑΠΑΝΗ ΠΕΤΡΑ, la ciudad personificada sentada sobre una roca. Reverso de una moneda de bronce.

romanos se encontraron con frecuencia enfrente de esas tremendas situaciones, en que lo que se cree la salud del Estado aparece como la ley suprema.

Severo era de los hombres dispuestos á sacrificarlo todo al sosiego público. Por desgracia, hubo de comprender á los cristianos entre los perturbadores de las provincias. Los judíos y los samaritanos acababan de renovar en la Palestina, con las armas en la mano, su querrela secular. No se sabe si los cristianos se mezclaron en ella; pero este ruido de armas, á propósito de creencias religiosas, irritó al emperador. Las legiones dieron algunos golpes y las ejecuciones restablecieron el orden.

El senado quiso dar más tarde á estas medidas de policía la importancia de una victoria, y cuando el emperador rehusó hacer en Roma una entrada triunfal por la toma de Tesifonte, los senadores, á fin de no privar á su hijo de una lisonja y á Roma de una fiesta, decretaron un triunfo judío á Caracalla.

Para impedir la repetición de estos desórdenes «Severo, dice su biógrafo, hizo en su viaje de Palestina muchos reglamentos.» Nosotros no conocemos más que uno, tomado del antiguo rescripto imperial que prohibía á los rabinos practicar la circuncisión en hombres extraños á su raza, y á los cristianos continuar su propaganda. La misma medida se aplicó á las dos religiones, no para destruirlas, sino para que no se extendieran. En otro lugar veremos que este edicto tuvo para ellas consecuencias muy distintas.

Severo no quiso, sin embargo, que aquellos judíos encerrados por su rescripto en su religión y en su raza, fueran como parias en medio de sus conciudadanos, y les permitió aspirar á los honores municipales, dispensándolos de las obligaciones contrarias á su culto.

Pero las costumbres serán más fuertes que la ley; los judíos permanecerán aparte hasta el tiempo en que Constantino preocupado de la idea de restablecer la agotada clase de los curiales, ordene comprender en ella á todos los que tengan los bienes raíces necesarios para ello; disposición poco eficaz para los judíos, que, considerándose, fuera de la Palestina, como extranjeros de paso en las ciudades, no compraban tierras ni casas, ni nada que no se pudieran llevar consigo á todas partes.

De la Palestina pasó Severo á Egipto, tierra fecunda en que nacía la gente como la miés: eran entonces los egipcios más de ocho millones, con pocos esclavos, porque el trabajo agrícola se hacía como ahora por *fellahs* de condición libre y el trabajo industrial por una multitud de griegos y judíos. Se vivía también allí sin grande afán, excepto en las minas y canteras, cuyo trabajo hizo el príncipe más activo todavía; pero en él no se ocupaban sino los condenados de justicia.

En el monte Casio hizo Severo, como Adriano en otro tiempo, un sacrificio fúnebre en el sepulcro de Pompeyo, y remontó el Nilo por la boca Pelusiaca. Visitó curiosamente las pirámides de Ghizeh, más bellas ó, á lo menos, más regulares entonces que ahora, porque conservaban aun su revestimiento: la grande Esfinge echada á su pie, símbolo solar, ya deteriorado por los veinte siglos que habían pasado por ella y que Severo hizo reparar; el Serapio ó Serapeo, que conducía á los sepulcros de los Apis, que uno de los nuestros, Mariette, ha encontrado; el Laberinto, las maravillas de Tebas y de Filas, etc. Hízose explicar los jeroglíficos que continuaban grabando en las paredes de los templos (3) y Champollion leyó su nombre al lado de las

(3) La última inscripción jeroglífica que sea conocida es una ofrenda del emperador Decio hacia el año 250; pero Letronne juzga

esculturas que el emperador encargó para el pronaos ó vestíbulo del templo de Esneh. Memnón le habló todavía; pero fué por la última vez. Por un exceso de celo piadoso, reconstituyó Severo, tal como se le puede ver ahora, el coloso, roto desde el tiempo de Augusto; pero desde el día en que la estatua no presentó ya al sol naciente su amplia fractura de superficie desigual, impregnada de la humedad de la noche, el dios dejó de hacer oír su voz divina.

«Curioso de todas las cosas, aun de las más secretas, humanas ó divinas,» se informó Severo ciertamente de las fuentes del Nilo á que los romanos se habían acercado mucho (1). Dion Casio habla de esto, á propósito del viaje de este emperador, á quien acaso se lo oyera contar, y si se engaña poniendo el origen del río en el extremo del Atlas Mauritano, está casi en lo cierto haciéndolo salir de los inmensos pantanos que se extendían al pie de una alta montaña cubierta de nieve.

Severo se había propuesto entrar en el valle superior del Nilo; pero lo detuvo una peste y el mismo río lo llevó á Alejandría. Allí visitó el sepulcro de Alejandro, el Museo, siempre ocupado en sus estériles trabajos, y la famosa Biblioteca del Serapio, uno de cuyos patios adornaba la columna dicha de Pompeyo aun de pie. Se complació mucho en esta ciudad, ó creyó político hacerlo creer así.

Los alejandrinos habían tomado partido por Pescenio, y puesto sobre sus puertas este rótulo: «Esta ciudad pertenece á Niger, nuestro amo y señor.» Cuando llegó Severo, le dijeron: «Sí, lo escribimos ciertamente, pero siempre en el supuesto de que tú eras el amo y señor de Niger.»

El emperador no exigió más para perdonarlos, y les devolvió el senado y los magistrados municipales de que Augusto los desposeyera, revisó sus leyes, restringió á la jurisdicción voluntaria las funciones del *jurídico* romano, que de dos siglos atrás venía siendo el juez supremo en Alejandría, y para señalar su confianza en esta provincia, revocó la regla establecida por el primer emperador de que el ejército no pudiera tener por gobernador más que un prefecto de orden ecuestre. En fin, dotó á la ciudad de un gran gimnasio y de un magnífico templo, que llamó, como el de Agripa en Roma, el Panteón.

Severo, á ejemplo de Trajano y Adriano, era un gran constructor, y el Egipto no era á propósito para quitarle la afición á las construcciones monumentales.

El extraño país había hecho en el ánimo del imperial viajero la impresión acostumbrada. Más tarde se despertaban en su ánimo los recuerdos de Egipto y se complacía en las maravillas que había visto en la tierra de los Faraones. El culto de Serapis, cuyos santuarios encontrara en todas partes (2), lo atrajo particularmente, causándole viva impresión aquella poderosa síntesis de doctrinas diferentes,

que el uso de esta escritura subsistió hasta el siglo sexto (*Journal des savants*, 1843, p. 464). Hay inscripciones en que los griegos se llaman grabadores de jeroglíficos (Letronne, *Inscrip. d'Égypte*, t. II, página 475).

(1) Los últimos descubrimientos de Mariette en Carnac prueban que los Faraones legaron á sus sucesores un conocimiento del valle superior del Nilo más completo de lo que se creyera. Los ejércitos de Thutmes III penetraron ciertamente hasta el cabo Ras-Afun, al Sur del cabo Guardafú, y probablemente en el interior de las tierras más allá de Khartum, y Tolomeo habla de tres grandes lagos ecuatoriales. Sin embargo, Am. Marcelino (XXI, 15) daba por imposibles de encontrar las fuentes del Nilo;... *postera ignorabunt atates*. Inscripciones nubias hacen constar que los Blemyes y los Axumitas estaban sujetos á Severo.

(2) El retórico Aristides cuenta 43 en Egipto. Para él, Serapis es el dios que domina la tierra y el mar, la luz y las sombras, la vida y la muerte.

con que procuraban los paganos dar satisfacción á las ideas entonces dominantes de unidad divina y de salud para el dios «señor de la luz y de las sombras, de la vida y de la muerte.» Macrobio ha conservado esta respuesta de un oráculo de Serapis: «¿Quién soy? Soy el dios que voy á decir: la bóveda del cielo es mi cabeza; el mar mi vientre; la tierra mis pies; la región eterna mis oídos, y por ojos tengo la brillante antorcha del sol, que lleva su mirada á todas partes.»

Serapis representaba pues la divinidad en que todas las otras se confundían; unido á Isis «la diosa de los mil nombres,» era la fuerza que fecunda y la naturaleza que concibe; pero era también el dios que aseguraba la salud sobre la tierra y en el cielo. Los peregrinos llenaban sus templos, cuyas paredes desaparecían bajo los ex-votos, y sólo se hablaba de sus curaciones milagrosas, mientras las viejas deidades permanecían tristes y silenciosas en sus solitarios altares.

Severo y los suyos parecían inclinados á su culto. Caracalla, á lo menos, le consagró muchos templos en Roma, particularmente cerca del Coliseo, un santuario de Isis y Serapis, que dió su nombre á aquella parte de la ciudad (3); y cuando se recuerda que Severo construyó un Panteón en Alejandría, se inclina uno á creer que fué inspirado por una idea de sincretismo religioso al dar el nombre de todos los dioses al templo que en su pensamiento dedicaba al único principio divino. Así se precisaba aquel nuevo paganismo que hemos mostrado en vías de formación en el siglo precedente y que preparaba las vías al Jehovah mosaico.

A pesar de las preocupaciones religiosas, no fué Severo en Egipto más favorable á las disputas teológicas que lo había sido en Palestina. Sacó de todos los santuarios los libros que contenían las doctrinas secretas, aquellas con que se nutrían las asociaciones tenebrosas de que solían salir las rebeliones. No destruyó estos libros, pero los cerró en el sepulcro de Alejandro á fin de que nadie pudiera leerlos.

Era un verdadero romano, uno de esos hombres de espada y de gobierno que no están por las cosas que no pueden resolver nunca la espada y que turban é inquietan siempre á los gobiernos. Pero era también hombre de ánimo elevado: entre aquellos libros había uno, que en vez de proibir, admiró él ciertamente, el *Libro de los Muertos*, que encontramos con las momias de que era como la voz más allá del sepulcro. En él se leen palabras como estas:

«Cuando la inteligencia, principio divino, entra en un alma humana, procura arrancarla á la tiranía del cuerpo y elevarla á sí. Con frecuencia triunfa... Entonces las pasiones dominadas vienen á ser virtudes, el alma desprendida de sus lazos, aspira al bien y adivina los esplendores eternos á través del velo de la materia que oscurece su vista.

«Cuando el hombre muere en la tierra, comparece su alma ante Osiris, el cual pesa sus acciones en la balanza infalible. Si la encuentra culpable es entregada á las tempestades y remolinos de los elementos conjurados hasta

(3) La tercera. El culto de Isis se había introducido subrepticamente en Roma desde los tiempos de la segunda guerra púnica (Valerio Max. I, 11, 3) y dos siglos antes de nuestra era poseía Delfos un *Serapeion*, que nuestra escuela de Atenas acaba de encontrar (*Bull. de corr. Hellén.*, 1882, p. 306). Cómodo fué un fervoroso adorador de Isis (Lampridio, *Com.* 9).



Serapis, en un broncedé Septimio Severo acuñado en Tolemaida.

que pueda entrar en un cuerpo que á su vez tortura, abruma de males y precipita al asesinato y á la locura.»

El malo es un condenado que expía en esta vida las faltas de una existencia anterior.

Pero el cielo se abre para el alma que ha podido decir á su juez:

«He seguido las vías de la justicia y la verdad; jamás se ha levantado una queja contra mí: he amado á mi padre y á mi madre; he sido la alegría de mis hermanos y el amor de mis sirvientes; no he cometido ningún fraude ni abominación; el operario no hizo por mí más trabajo al día del que debía hacer. No he dicho mal del esclavo al oído de su amo, ni echado del prado al ganado, ni cometido adulterio ni fornicación. Estoy pura, estoy pura.»

Más aún:

«No he mentido ni hecho daño á nadie, antes bien he sembrado en torno de mí la alegría, dando pan al hambriento y agua al sediento y vestido al desnudo.

»Entonces esta alma pura se lanza á través de los espa-

cios desconocidos; su ciencia crece, su poder se aumenta y recorre las celestes moradas y hace en los campos de Aalu la labor mística...

«Por fin brilla para el alma pura el claro día de la dicha eterna y se mezcla con la multitud de los dioses en la adoración del Ser perfecto, viendo á Dios cara á cara y abismándose en él (1).»

Lo que el viejo Egipto había guardado tanto tiempo para sí solo se propagaba por el mundo. Aquel país de que Bossuet ha dicho, juzgando por las apariencias, «que todo era Dios, excepto Dios mismo», enseñaba la unidad divina, el juicio de los muertos y las eternas beatitudes ganadas con los méritos de la vida. De Menfis, de Jerusalén, de Palmira, de más lejos aún, partía una corriente de ideas en ciertos respectos análogas, que encontraban otra proveniente de Atenas y de Roma y se mezclaban las dos. En sus aguas confundidas iba á navegar, primero con precaución y sin ruido, y después á velas desplegadas, la barca de San Pedro llevando la cruz triunfante.

CAPÍTULO LXXXIX

GOBIERNO DE SEPTIMIO SEVERO (193-211)

I.—LA CORTE.—PLAUCIANO Y JULIA DOMNA.

Pacificado y organizado el Oriente, volvió Severo á Italia por el Asia Menor y la Tracia. Como Adriano, no tenía ninguna prisa en respirar de nuevo aquella atmósfera de intrigas, pareciéndole más útil inspeccionar aquella frontera del Danubio, que no había visto hacía nueve años, y los ejércitos de la Mesia y la Panonia, á los cuales debía su elevación. «Por todas partes, dice Herodiano, restableció el orden en las provincias.» Y admitimos la afirmación como muy fundada; mas por desgracia nos es imposible probarla con hechos.

A mediados del año 202, décimo de su gobierno, entró por fin Severo en Roma. En tales ocasiones se renovaban antiguamente los poderes imperiales, *sacra decennalia*; pero hacía mucho tiempo que se había renunciado á esta mistificación. La solemnidad no era más que un aniversario celebrado con fiestas pomposas. Severo añadió una liberalidad de cincuenta millones de dracmas (2) que se repartieron á razón de 1000 sesteracios por plaza entre los pretorianos y todos los que recibían trigo del Estado. El príncipe tuvo también su parte, y se le elevó en el Capitolio un arco de triunfo que todavía subsiste. Sus proporciones son bellas; pero esculturas multiplicadas con exceso anuncian la decadencia del arte, pues más bien parece obra de operarios que de artistas. En el ático una larga inscripción recuerda que se construyó el monumento en honor del príncipe «que ha fortalecido el Estado y engrandecido el imperio.»

Dos años después se celebraron los juegos seculares que valieron al pueblo y á los soldados nuevos donativos. Los heraldos recorrieron la ciudad y la Italia haciendo esta pro-

clamación: «Venid á unos juegos, que no volveréis á ver.» Los últimos fueron costeados por Domiciano el año 88. Entre dos de estas fiestas se dejaban pasar tres generaciones. La de Severo era ya la octava que los romanos celebraban.

En aquel tiempo había en Roma un hombre casi tan poderoso como el mismo emperador: el prefecto del pretorio, Plauciano. Se recordará que Augusto había dividido, al parecer, el gobierno, abandonando una parte al senado y reservándose otra, y que había establecido dos clases de funciones, unas de orden senatorial, otras de orden ecuestre. En la cúspide de la primera jerarquía estaba el prefecto de la ciudad y en la cima de la segunda el prefecto del pretorio. Esta división no era seria y la verdad apareció muy luego: el emperador fué políticamente lo que en el estado de las costumbres debía ser, todo. Hizo sucesivamente pasar á su consejo, compuesto de senadores, jurisconsultos y jefes de la cancellería imperial, casi toda la autoridad legislativa, judicial y administrativa del senado, con lo cual este cuerpo no conservó más función que la de registrar las decisiones tomadas por el consejo.

El funcionario que gozaba la confianza imperial, pues tenía en sus manos la vida del príncipe, fué el que ganó más en este cambio. Al principio, el prefecto del pretorio no tenía más cuidado que vigilar por la seguridad del *imperator*, que á este efecto lo había investido de la jurisdicción militar sobre todas las tropas estacionadas en Italia (3). Los griegos le llamaban la *espada del rey*, y se colocaba detrás del príncipe en las expediciones de guerra. Pero el emperador se sirvió de esta espada para toda clase de oficios. ¿Se necesitaba detener á un acusado, ejecutar á un culpable, matar á un inocente, ó sólo hacer una información previa? Pues allí estaban los pretorianos; ellos y su jefe debían al príncipe la obediencia militar en todo lo que

(1) Maspero, *Revista crítica* de 1872, p. 338.

(2) Dion, LXXVI, 1. Esta largueza supone doscientas mil partes que recibieron su contingente.

(3) Excepto las cohortes urbanas que dependían del *praefectus urbis* (Dion, LII, 24).